



Asunción *In Memoriam*

Honrarás a tu padre y a tu madre

(Éxodo 20, 12)

No perdono a la muerte enamorada

No perdono a la vida desatenta

No perdono a la tierra ni a la nada

(M. Hernández, Elegía a Ramón Sijé)

De mi madre hablaré a través de algunos recuerdos y anécdotas, los que permanecen más vívidos en mi memoria. Hace más de cincuenta años que vino a vivir a Villorejo, casada con José ya no tuvo más pueblo que este, en el que nacimos todos sus hijos: Sagrario, Amador, Clarisa y Fidel.

Nació en Marmellar de Arriba, hija de pastores (Gonzalo y Feliciano), por lo que conoció varios pueblos hasta llegar a parar a este, nuestro Villorejo. Durante decenios formó parte de la estampa del lugar, con sus ovejas, las gallinas y la cerda, la pareja de bueyes, acarreando y yendo a comprar donde los camisas, criando hijos y recolectando grano, trillando, lavando en el río y apaleando la lana...

Mujer pobre pero orgullosa, trabajadora incansable y de carácter enérgico, más de casa para adentro, poco dada a hablar por hablar; el contrapunto de José en tantos aspectos y sin embargo su complemento casi perfecto.

Amante del campo, los animales y la naturaleza, cómo disfrutaba las noches aparentes para salir a buscar caracoles; y las temporadas de pesca con retel, con mi licencia y la suya, qué ansia cuando llegaba la luna y había que recoger "vamos a estar un poco más" decía y salían en cada retel más cangrejos que en el resto de la tarde; y qué temor yo de que viniese el guarda...

Cumplí seis años cuando vinimos a vivir a Burgos y aún recuerdo con viveza que el primer domingo de catequesis de preparación a la Primera Comuni3n, me recibió a la salida de Misa con un paquete de churros imuy importante debía de ser aquello para merecer semejante premio!

La primera vez que vi llorar a mi madre y de qué manera, fue cuando Amador, con trece años, se vino de Nanclares, de los Menesianos; no lograba entender el porqué de aquella llorera, pero me impresionó su intensidad. Cuántas veces he vuelto a recordarlo, sobre todo al suponer que mucho mayor habrá sido la llorera que le he provocado yo.

Ella llevaba la economía doméstica, estirando dos duros para que valieran por cuatro, pero sus hijos y esposo siempre hechos un pincel. El dulce, por lujo, no abundaba en casa y Amador y yo nos pusimos pesados en que comprase unos bizcochos y ella que no; debimos ser tan plastas que nos compró un paquete inmenso, y aunque con esfuerzo

logramos dar con todos, que no era cuestión de despreciarlos. Ese tipo de bizcocho nunca ha vuelto a gustarme.

Al venir a Burgos, trabajó para complementar el sueldo de José en D.E.G.E.S.A. y como no teníamos teléfono en casa, en una ocasión bajamos a una cabina a llamar y monté el escándalo del siglo porque ni por asomo quería dejarla entrar en la cabina, qué gritos y qué lloros... y todo porque habían echado por la tele el corto de José Luis López Vázquez "la cabina" y no quería quedarme sin madre, para siempre allí encerrada.

Y para venir de Villorejo a Burgos, en el autobús de línea, andando de Villo a Cañizar, autobús y andando de la estación a casa pasando por el espolón, Laín Calvo, la flora, San Gil,... y muchas veces, las más, con el saco de patatas y la bolsa con hortalizas a cuestas... Cuando pudimos comprar el coche, Sagrario se sacó el carnet y ese fue un gran progreso familiar, tanto como aquel día en que volví a casa del colegio y teníamos una tele y recuerdo que pregunté "¿y va a ser para nosotros solos?".

Creo que de resaltar alguna virtud en mi madre, serían dos: el trabajo y la honradez. Qué constancia y cuánto esfuerzo hasta llegar a tener una vida acomodada y lo digo yo que he sido testigo tardío, que por ser el pequeño he vivido sobre todo la época de las vacas gordas. Mujer de virtudes madrugadoras, recuerdo vagamente una escoba y una zapatilla que a mí y a Amador nos levantaban de modo precipitado de la cama cuando nos hacíamos los remolones.

He hablado de Clarisa, una hermana a la que no conocí. Clarisa murió apenas a los dos meses de vida y lo hizo el día del cumpleaños de mi madre. A los dos años nací yo, seis días antes de su cumpleaños. Madre y mujer sufrida, sus dolores y pesares eran suyos, los de los hijos hermanos y amigos los hacía propios. Ya podía encontrarse mal, que de su casa no podías marchar con hambre. Y si te ponías enfermo, un poco de fiebre o una gripe "¿cómo estará ese chico?". Su piedra de toque definitiva ha sido este cáncer que desde hace año y medio ha minado su cuerpo y ha podido con algunos de sus hábitos. Fue acortando hasta eliminar del todo sus largos paseos por Burgos; su Misa diaria, el hacer la compra los sábados, la invitación semanal a comer, todo fue terminándose paulatinamente hasta la postración casi total en cama. Ya no madrugaba, pero aún cuidaba su aspecto y aseo. Sólo al final se rindió a lo inevitable, su última semana de vida la pasó en el hospital, y se marchó como vivió, no queriendo molestar, quejándose lo justo o un poco menos, despidiéndose y dando buenos consejos a todos.

¿Defectos? Sin duda los tendría, pero no es mi labor resaltarlos; considero que nuestro deber de hijos es conservar y desarrollar sus virtudes y cualidades. Vivimos hoy mejor que hace cincuenta años, y ello se debe en buena medida al tremendo esfuerzo y dedicación de nuestros padres; vivimos mejor, pero ojalá que la mejora no sea sólo de índole material, sino que perduren aquellas intensas relaciones humanas, la buena vecindad, la solidaridad, el respeto y aprecio mutuos y tantas otras virtudes que con naturalidad han vivido nuestros padres en Villorejo, nuestro pueblo, del que tan orgullosos estamos.



Asun en la boda de su hermano Jesús con Carmen, hermana de Julia.



Primera Comunión de Rosa Mª.



Foto familiar de algún agosto de principios de los 70: José, Asun, Félix, Carmen, Sole, José Luis, Feliciano, Fidel, Elena y Sagrario.



*Primera
Comunión de un
sobrino en la
Iglesia de la
Merced. Al fondo
el río Arlanzón.*



Boda de Amador y Rosa en San Gil.



Cumpleaños de Sole, junio de 2010.